

*Esta columna, que escribí hace unos años  
y nunca fue publicada, está dedicada  
a las tribus de pantalón corto.*

## **La sombra de la ola**

Aún no anocheaba en Montevideo cuando tuve que detener el coche para atender el celular. Me invitaban a participar en el número 300 de un semanario escribiendo sobre lo que yo quisiera. Se había hecho medianoche y, mientras esperaba que empezara la brillante y descarnada obra teatral *Mi muñequita*, mi mente seguía buscando sobre qué escribir. La luz recién se hizo cuando una morocha estudiante de literatura, sentándose a mi lado, dejó caer un halagador e inocente: “¡Qué bueno encontrarte aquí! No me imaginaba que a los deportistas les gustara el teatro”.

Con sus pocas palabras dichas con respeto y hasta cierto afecto, me hizo recordar esa miopía prejuiciosa tan común que una parte de la sociedad mantiene con respecto a los deportistas profesionales, que dice algo así como: *Estos no sirven para otra cosa.*

Y pienso mientras escribo: ¿Podría ser que el poder creativo que Maradona desarrollaba a cien kilómetros por hora en espacios reducidos, mientras era pateado sin tregua, esté a la altura del de Mozart o el de Van Gogh?

¿Será que los incomparables impresionistas que hallaron morada en el segundo piso del Musée D'Orsay en París eran más creativos que el indescifrable Michael Jordan? Sí, es posible, pero con certeza nunca fueron capaces de volar como él lo hacía.

Kusturica y sus gitanos no podrían noquear al ayer indestructible, hoy parkinsoniano y siempre militante Mohamed Alí si de generar sentimientos se trata.

¿Acaso aquella noche, luego de Maracaná, en que Obdulio recorrió barcito por barcito todo Rio de Janeiro vaciando botellas y consolando almas derrotadas no tiene más poesía que todas las borracheras de Bukowski juntas?

Isadora reencarnó en Nadia.

Tyson fue la mejor escultura de Rodin.

Venus Williams o Sharapova antes que Naomi Campbell o Claudia Schiffer.

Ronaldinho es el único actor más histriónico que Vittorio Gassman.

Usein Bolt quiebra récords de velocidad con más elegancia de la que Ives Saint Laurent pasea por el Sena.

Los familiares lejanos en que se han convertido Tinelli, Susana, Mirtha y Pergolini no corren esta carrera. Tampoco lo hacen los más lejanos Brad Pitt y señora.

Te aseguro que no hay *pegue* ni eyaculación como un tiro libre para ganar con el partido terminado.

Y los botijas de la plaza, que entre transpiración y risas improvisan teatro, hacen música rimando puteadas y bailotean junto a la redonda y fiel novia de todos, esa que nunca los desengañará, me dicen tanto como las obras completas de Shakespeare.

El pecado redimible del juicio es no ver, y el grave, no buscar donde sí hay.

Y sabiendo que no hay posibilidad de atraparlo entre palabras, en nombre de la tribu voy a intentar dar testimonio: paridos de una ancestral genética nos gusta la noche, que nos palmeen la espalda, las amistades de mostrador, el buen dinero, el trago de más y las mujeres feas tanto como las lindas, lo que no es poco en estos días en que la imagen lo es todo. Frívolos, efímeros, desechables y mediáticamente globalizados, los profesionales del deporte del siglo XXI somos la descendencia de los esclavos

que en la antigua Grecia fueron elegidos para correr, pelear, saltar y lanzar, por los que aparte de gobernar se dedicaban al teatro, la música o la filosofía. O sea que, como reclaman todos en esta farsa, también somos inocentes.

Seducidos y abandonados, doloridos y cansados, yendo tras una sanación que no llegará, observamos el paso del tiempo agarrados con las uñas a un remolino de polvo, haciendo uso de una memoria incierta y llena de nostalgia, mientras buscamos resguardo a la sombra de la ola.

BUEN ABRADO  
TATU